
Juan Goytisolo

Cuba, veinte años de Revolución

Escribir sobre la Revolución cubana es una empresa condenada a la incompreensión y hostilidad de quienes, desde posiciones irreductiblemente antagónicas, abordan el tema con opiniones ya hechas. Bajo el fuego cruzado de panegiristas y denigradores, el autor de tan arriesgada tentativa es víctima además —sí, como yo, escribe en español y se sitúa ideológicamente en la izquierda— del razonamiento esterilizador según el cual toda crítica de aquélla equivale a “suministrar armas al enemigo”. El tabú que rodea hoy a la Revolución castrista en el mundo de habla hispana es tan fuerte como el que envolvía hace 40 años a la entonces aún joven Revolución soviética. En España, por ejemplo, la pertenencia a la izquierda e incluso la militancia en el PCE no son incompatibles con críticas del tipo de las que inaugurara Gide en 1936 sobre la realidad politicosocial de la URSS. Pero, enfrentados a Cuba, nuestros socialistas y eurocomunistas prefieren encerrarse en un prudente silencio. Derrumbado el mito del paraíso soviético, parecen haberse forjado un mito sustitutivo. Y aunque las informaciones que filtran de Cuba no corresponden a las opiniones que exteriormente sostienen, practican la autocensura con un semblante de buena conciencia. Como escribía Hans Magnus Enzensberger en un célebre ensayo, existe en la izquierda “el arraigado hábito de mentir sabiendo que se miente”. Las mismas dificultades con las que tropezó George Orwell en la prensa liberal e izquierdista inglesa cuando quiso informar de lo ocurrido en Barcelona en 1937, obstaculizaron treinta años después la divulgación entre nosotros de testimonios críticos como los de René Dumont, K. S. Karol y otros autores acusados grotescamente de “agentes a sueldo de la CIA”.

El sello de la inteligencia, escribía Scott Fitzgerald, radica en su posibilidad de fijarse en dos ideas o realidades opuestas sin perder por ello su posibilidad de funcionar. A juzgar por lo que uno lee sobre Cuba, dicha inteligencia, desdichadamente, no abunda. La gran mayoría de libros consagrados al tema evitan el dilema —la realidad bifronte de la Revolución— negando enfáticamente la existencia de una de las dos caras. O paraíso o campo de concentración: la compleja y contradictoria realidad creada por veinte años de gobierno revolucionario nos es escamoteada de ordinario con violentos claroscuros. Por eso, la aparición de tres libros de autores cubanos que, con enfoques y desde posiciones distintos, estudian los orígenes y transformaciones del proyecto revolucionario o establecen el balance de dos décadas de gobierno constituye por sí sola un acontecimiento cuya importancia conviene subrayar.

El libro de Mario Llerena, *The unsuspected Revolution. The Birth and Rise of Castrism* (Cornell University Press, Ithaca and London, 1978), pretende ser un testimonio personal y directo de la evolución política e ideológica del movimiento castrista durante el periodo decisivo que va del desembarco del *Granma* en diciembre de 1956 al triunfo de la Revolución en enero de 1959. Su autor se autodefine como “el típico reformista de clase media cabalgando, sin darse cuenta, en la cresta de una revolución radical desenfundada”. Opuesto al golpe militar de Batista de marzo de 1952, Llerena pertenecía a aquel sector de la burguesía intelectual que, asqueado de la corrupción, gangsterismo y arbitrariedad que plagaban la vida política de su país, aspiraba a una profunda reforma política, social, económica, agraria y educativa dentro del marco de una democracia representativa y un gobierno constitucional:

“He hablado de mi experiencia personal, pero el mío no era un caso aislado. Tanto en la isla como en el extranjero, miles y miles de personas como yo —profesionales, maestros, estudiantes, empleados, ejecutivos, pequeños empresarios— estaban indignados por la destrucción del sistema constitucional del país que había llevado a cabo Batista, y la perspectiva de una revolución democrática decente y constructiva como la que, al parecer, perseguía Castro, les llenaba de esperanza. Fueron ellos quienes convirtieron a Castro en un líder nacional. Dieron su tiempo, sus esfuerzos, su dinero y a menudo sus vidas por lo que ellos creían que iba a ser la revolución.”

The unsuspected Revolution es, como el lector habrá adivinado, la exposición de un desencanto político. A lo largo del libro, el autor se esfuerza en promover una imagen idealista y desinteresada de sí mismo durante los años en que actuó en compañero de viaje del grupo revolucionario, pero el frecuente empleo del tono auto-justificativo se vuelve a menudo contra él. Así, mientras ciertos episodios de su vida nos son descritos con gran lujo de detalles, otros —por ejemplo, su manifiesta rivalidad con el juez Urrutia en conseguir la presidencia de la República el día en que Castro conquistara el poder— reciben un tratamiento mucho más discreto.

Nombrado por Fidel Castro representante oficial del Movimiento del 26 de Julio en el extranjero, Llerena desempeñó eficazmente la tarea de subrayar el carácter democrático de la Revolución castrista en los mass media norteamericanos. Fue igualmente el autor del manifiesto-programa titulado *Nuestra razón* en el que la perspectiva pluralista del Movimiento aparece claramente especificada. Junto con Raúl Pazos y Léster Ro-

dríguez, negoció en nombre del 26 de Julio el famoso pacto de Miami con los políticos desacreditados del exilio. Más tarde, se alejó paulatinamente del Movimiento conforme éste adoptaba posiciones más radicales, dimitiendo de sus cargos en el mismo mes antes del triunfo de la Revolución.

Como muestra el autor, ésta no fue resultado de una situación económica insostenible en la que las masas explotadas (campesinos, clase obrera) se alzarán contra la tiranía, sino obra de un pequeño segmento de la élite burguesa cubana, bien educada y próspera (los hermanos Castro eran hijos de una familia de terratenientes). Los comunistas, por su parte, se mantuvieron totalmente al margen del proceso revolucionario y no entablaron negociaciones oficiales con Castro hasta la primavera de 1958, cuando los días de la dictadura estaban contados. El P. C. cubano, recuerda Llerena, dispuso durante décadas de una amplia libertad organizativa y de propaganda (diarios, estaciones de radio): bajo el primer gobierno de Batista (1934-44) disfrutó del favor oficial, participó en el gobierno y consiguió un absoluto control de los sindicatos a través del secretariado de la Confederación de Trabajo Cubana. Pese a ello —como sucede actualmente con la totalidad de los partidos pro-Moscú de América Latina—, había permanecido siempre aislado, en una especie de ghetto, sin conseguir extender su influencia al resto de la sociedad:

“Constituían una especie de levadura muy activa que, sin embargo, no lograba penetrar en la masa y hacerla fermentar. Sólo podían prosperar a la sombra de un poder ajeno —como hicieron en otro tiempo, cuando Batista les acogió como sus aliados políticos. Al quedarse sin la protección especial del gobierno, volvieron a su habitual estado de aislamiento. Por consiguiente, ni las condiciones existentes, ni los considerables esfuerzos de los elementos más radicales habían sido suficientes para encender la revolución radical en Cuba. El comunismo sólo renació cuando una nueva y propicia fuente de poder apareció en el horizonte político.

La Revolución fue producto de un grupo de *outsiders*, y es evidente que la imprecisión ideológica de estos fue la carta fundamental que hizo posible su triunfo en cuanto neutralizó la amenaza de una más que probable intervención directa de Estados Unidos durante el difícil periodo de transición. La evolución ideológica de los líderes del 26 de Julio, desde sus profesiones de fe democrática y anticomunista de 1957-58 (bastaría recordar la entrevista de Castro con Andrew St. George, publicada en *Look* el 4-2-58) hasta su identificación pública con el marxismo-leninismo el 2 de diciembre de 1961, ha sido objeto de numerosos estudios y monografías. El defecto de que adolecen la mayoría de ellos es el de sustituir el análisis de los hechos y documentos con interpretaciones psicológicas de la personalidad de los líderes (“maquiavelismo y doblez” de Fidel, “fanatismo” de Raúl Castro y Che Guevara, etc.), y el libro de Llerena no escapa a él. Ante el cambio brusco de la línea política del Líder Máximo, Llerena se plantea la pregunta: “¿Quién es Castro en realidad? ¿cuál es el verdadero Castro?”, y se esfuerza en responder a ella examinando dos hipótesis.

Según la primera, Castro sería un marxista leninista convencido desde antes del comienzo de la Revolución: sus profesiones de fe en la democracia representativa ha-

brían sido tan sólo un camuflaje táctico empleado con vistas a la obtención del poder (esta versión fue sostenida por el propio Castro en su famoso discurso del 2 de diciembre de 1961). Según la segunda, sus ideas durante el periodo 1955-59 eran todavía bastante fluidas y su único objetivo consistía en hacerse con el mando. Llerena se inclina por esta última hipótesis, y considera la evolución de Castro en estos años como “el producto de un ego permanentemente expansivo en relación con las circunstancias reinantes”. Si el egotismo de Fidel está fuera de duda, y hay una dosis de verdad en la apreciación del autor de que “el principal objetivo de sus acciones es el de mantenerse en el centro de la escena mundial”, sus conclusiones de que:

“Castro no considera la revolución como un último recurso, sino como un cauce para su autoexpresión, como una válvula de escape para los odios y resentimientos que tiene acumulados. De hecho, necesita la revolución tanto como un drogadicto la droga (...) el comunismo le ofrece el escenario y la calca más adecuados para satisfacer los anhelos de su monumental ego.”

no pueden ser tomadas en serio en cuanto no aclaran en absoluto las razones objetivas del cambio y las discusiones que verosíblemente suscitó en el seno del liderazgo revolucionario. Figura marginal del Movimiento del 26 de Julio, Llerena se limita a emitir hipótesis sobre lo ocurrido en la dirección de aquél cuando, en razón del éxito arrollador de la guerrilla, el Movimiento se convirtió en el factor determinante de la lucha revolucionaria y procedió a romper los lazos tácticos que le unían con las fuerzas políticas tradicionales. A partir de 1958 los pronunciamientos públicos de Castro y demás líderes del 26 de julio son, efectivamente, escasos y vagos, y el autor de *The unsuspected Revolution* pone el dedo en la llaga cuando dice:

“Desde entonces y hasta que el movimiento llegó al poder en enero de 1959, la indigencia ideológica y programática fue casi total. Y eran muy pocos los que parecían darse cuenta.”

Pero su interpretación personal del fenómeno refleja su desconocimiento del conflicto que entonces se dirimía en la dirección nacional de la Sierra Maestra: la lucha ideológica entre dos facciones opuestas y su incidencia en el liderazgo indiscutido de Fidel. Llerena carece de la documentación necesaria —él mismo admite que nunca tuvo acceso al círculo interior de los dirigentes— y aunque su libro abunda en observaciones interesantes, no nos procura las claves necesarias a la comprensión de lo que realmente sucedió.

Recuerdo que en 1966, durante un breve viaje por la URSS, un historiador soviético de origen español me describió gráficamente el “infierno” de la biblioteca pública en que trabajaba y al que tenía normalmente acceso en virtud de los privilegios que le confería su especialidad: una sala inmensa atestada de literatura anticomunista, pero en la que no figuraban, por ejemplo, los escritos de Trotski y Bujarin. Como le manifestara mi sorpresa ante esta “ausencia”, me respondió sonriendo. “Pura lógica. Oficialmente no han existido nunca”. Evoqué inmediatamente las fotografías retocadas de Lenin, en las que la mayoría de sus compañeros de lucha parecen haberse desvanecido y comprendí la obsesión de Carlos Franqui, encargado entonces de la conservación

de los archivos históricos de la Revolución cubana, de preservar la memoria de lo ocurrido de los peligros de una interesada manipulación. Cuando años más tarde, a raíz de su ruptura pública con Fidel Castro, su silueta "desapareció" también de las fotografías, mil veces reproducidas, de la entrada victoriosa de Castro en La Habana, la misma empresa de falsificación histórica comenzaba a repetirse en Cuba, pero, por fortuna para nosotros, Franqui había logrado sacar con él de la isla las fotocopias de las cartas, documentos, informes, etc., que se hallaban en los archivos a su cargo, salvando así para el futuro la memoria de la Revolución. El "Diario de la Revolución cubana", publicado originalmente en París por la editorial Ruedo Ibérico, es el resultado brillante de dicha operación de rescate.

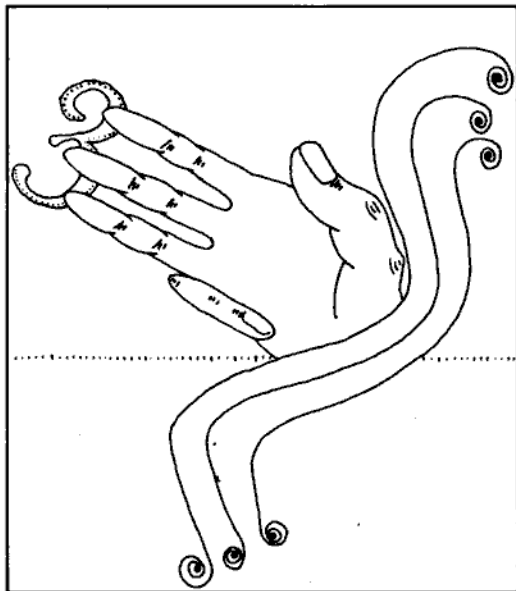
Su autor, Carlos Franqui, participó en plena adolescencia en las luchas políticas de su país. Fue miembro del P. C. cubano y lo abandonó años más tarde para incorporarse, desde sus comienzos, al movimiento revolucionario de Fidel Castro, Dirigente del grupo clandestino del 26 de julio en La Habana, encarcelado por Batista, exiliado, se unió después a los combatientes de Sierra Maestra y fue director de Radio Rebelde y del diario *Revolución*, órgano oficial del 26 de Julio —cargo que desempeñó durante los años siguientes al triunfo de Castro. Personalidad "conflictiva" en razón de su oposición al sectarismo y su defensa de la libertad de creación artística y literaria, abandonó paulatinamente sus responsabilidades oficiales hasta romper con el Líder Máximo cuando éste aprobó la intervención soviética en Checoslovaquia.

El "Diario de la Revolución cubana" es un extraordinario montaje de documentos, cartas, discusiones grabadas en cinta magnetofónica, etc., en el que las principales figuras del proceso revolucionario se expresan en primera persona y nos revelan sus ideas y opiniones sobre la

lucha antibatistiana y sus perspectivas de cara al futuro, desde el frustrado asalto al cuartel Moncada el 26 de julio de 1953 hasta el 1.º de enero de 1959.

Los documentos que presenta Franqui, contemporáneos de los sucesos que narran o elaborados con posterioridad, nos ayudan a trazar, pese a sus sinuosidades y meandros, el hilo conductor de los sucesos que cambiaron el rumbo de la historia de Cuba y transformaron las aspiraciones renovadoras de un grupo de jóvenes burgueses rebeldes en uno de los acontecimientos más destacados de nuestro tiempo. Algunos de estos documentos eran conocidos, como los fragmentos del diario del Che o los escritos del comandante Ifigenio Amejeiras (ambos dotados de sorprendentes cualidades literarias); la mayoría eran totalmente inéditos, y su lectura resulta a la vez iluminadora y apasionante. Aunque los relatos grabados en cinta por Franqui —como aquéllos en los que Fidel Castro refiere su propia infancia o su discutida intervención en los sucesos de Bogotá de 1948— son en general de gran interés, el lector es sensible no obstante a la manifiesta voluntad del narrador o narradores de otorgar un "sentido" a los hechos que narra(n) —de interpretarlos y, probablemente, seleccionarlos en función de su ejemplaridad posterior. Por eso, me parecen mucho más reveladores aquéllos en que, en vez de leer el pasado a la luz del presente, Fidel Castro y sus compañeros exponen su visión de los hechos y sucesos en que intervienen desde una perspectiva simultánea, sin la certeza *a posteriori* del triunfo de su razón. Bajo este concepto, la correspondencia de Fidel Castro durante su período de encarcelamiento en isla de Pinos (1953-55) ofrece una importancia excepcional. Sus impresiones, lecturas, opiniones nos permiten captar muy a lo vivo la evolución de sus ideas y aspiraciones. Así, a la luz de los acontecimientos ulteriores, resulta muy reveladora su confesada admiración por Robespierre ("era necesario ser duro, inflexible, severo; pecar por exceso, jamás por defecto cuando en él pueda estar la perdición. Eran necesarios unos meses de terror para acabar con un terror que había durado siglos. En Cuba hacen falta muchos Robespierres"), y sobre todo, por Napoleón, cuyas biografías eran su material de lectura predilecto: "Debe tenerse en cuenta que Alejandro recibió de su padre Filipo el trono poderoso de Macedonia, Anibal recibió su ejército aguerrido de manos de su padre Amílcar Barca, César debía también mucho a su estirpe patricia; Napoleón, en cambio, se lo debió todo a sí mismo, a su genio y a su voluntad".

Aunque en ocasiones Fidel insista en su falta de egoísmo y ambiciones personales, lo cierto es que, a lo largo de la correspondencia, su preocupación por la jefatura y la necesidad del liderazgo se manifiesta de forma obsesiva. Según él, "ideología, disciplina y jefatura" son las condiciones indispensables de todo movimiento revolucionario: "las tres son esenciales, pero la jefatura es básica. No sé si fue Napoleón quien dijo que un mal general en batalla vale más que veinte generales buenos". Con tales premisas, su concepción del futuro partido revolucionario excluía *a priori* toda posibilidad de discusión y democracia interna: "El aparato de propaganda y de organización debe ser tal y tan poderoso que destruya implacablemente al que trate de crear tendencias, camarillas, cismas o alzarse contra el movimiento". De allí al llamado "centralismo democrático" no había más que



un paso, lo que explica que, tras su enfrentamiento decisivo con la burguesía en 1960, sumiera a su propia organización del 26 de Julio en una especie de limbo y confiara las tareas de la formación del nuevo partido revolucionario integrado a los dirigentes del viejo y desacreditado Partido Socialista Popular.

La amnistía de Batista, el exilio de Fidel a México, la preparación de la expedición del *Granma*, el desembarco en Cabo Cruz nos son referidos, polifónicamente, por los propios protagonistas, y el lector puede vivir desde dentro la relación de los combates —en la que, una vez más, Che Guevara prueba sus innegables dotes narrativas en el hermoso episodio de su herida y evocación del héroe de un relato similar de Jack London. El impacto emocional causado por las miserables condiciones de vida de los guajiros de la Sierra Maestra (mujeres prematuramente avejentadas, niños de vientres enormes, parasitismo, raquitismo, avitaminosis), contribuyó a radicalizar sin duda el programa político del núcleo dirigente y a fortalecer su loable propósito de responder a las aspiraciones de los campesinos de la región, abriendo carreteras, creando hospitales y escuelas, concediéndoles la propiedad de una tierra que, en gran parte, ocupaban sin título de propiedad, como *squatters*.

Los problemas que plantea la organización del ejército rebelde, su implantación en los medios rurales, la coordinación con el movimiento clandestino urbano, son evocados en el "Diario" a medida que surgen, a través del testimonio directo de los diferentes protagonistas. La emergencia del caudillismo de Fidel y la falta de organización y programa del Movimiento del 26 de Julio preocupaban ya a algunos de sus líderes como René Ramos Latour ("Daniel") o el propio Franqui. Para el primero —muerto en la lucha contra Batista en julio de 1958— el Movimiento no era más que "un grupo de hombres alrededor de un caudillo más o menos bien intencionado, pero caudillo al fin, carente de un programa definido y una doctrina cierta". Las críticas de Carlos Franqui eran todavía más precisas: contrastando con su viva preocupación por la estructuración del Ejército Rebelde, Fidel manifestaba ya, en 1958, un desinterés profundo por la organización política de su Movimiento. Castro, dice Franqui en las tesis presentadas a la última reunión nacional en la Sierra, "lo absorbe todo con su personalidad, en el sitio que actúa, y se despreocupa y olvida de los que no ve o están lejos de él. Creo que a ello contribuye mucho el que actúa casi siempre por inspiración o reacción, que está condicionada por el buen o mal humor".

"A pesar de que se nota su lucha interna, y se ve que es su más severo crítico, le cuesta mucho trabajo aceptar el fondo de la crítica, lo que se debe quizás a que responde siempre a cualquier cosa, como un luchador que se defiende contraatacando."

"Yo no creo, además, que mi función como miembro de este Ejecutivo deba consistir básicamente en entusiasmarme con los grandes y repetidos aciertos de Fidel. (...) He observado que muchas de nuestras reuniones son más bien una especie de consulta. O una conversación, casi siempre la prodigiosa conversación de Fidel, en las que se da por sentada una decisión, sin que casi nunca se tome un acuerdo ampliamente discutido por todos. Situación en la que todos somos responsables por acción y

omisión."

Bien antes del triunfo de la Revolución, la práctica democrática del Movimiento había sido sustituida de hecho por el caudillismo, y el grupo de líderes que rodeaba a Fidel se había convertido en un coro de comparsas sometidos casi siempre a su indiscutida autoridad.

Si el problema del caudillismo preocupaba a los revolucionarios más lúcidos, las inquietudes que suscitaba no cuajaron nunca en una tendencia precisa, y el alcance de las tesis de Franqui y Ramos Latour fue puramente testimonial. El carisma del líder constituyó desde el principio la fuerza aglutinadora del 26 de julio. Su ideología, por el contrario, era bastante imprecisa, y el libro de Franqui nos aporta información de primera mano sobre los debates que suscitó en la dirección. Mientras el grupo encabezado por Che Guevara y Raúl Castro manifestó de forma temprana sus simpatías comunistas, otro sector (Frank País, Oltuski, Ramos Latour, Faustino Pérez, Franqui) preconizaba una línea revolucionaria enteramente desligada de Moscú. Estas discusiones se remontan de hecho al comienzo mismo de la epopeya castrista. Según Franqui, Che Guevara y Fidel estudiaban ya, durante su encarcelamiento en México, el libro de Stalin "Los fundamentos del leninismo". Che Guevara defendía el libro y Franqui lo atacaba. Fidel asistía a la discusión, sin tomar parte en ella y, muy significativamente, intervino tan sólo para reafirmar una vez más su propio papel: "Una revolución, para no dividirse y ser derrotada, necesita un jefe único. Vale más un jefe malo, que veinte jefes buenos".

La discusión ideológica prosiguió en la Sierra Maestra, y el intercambio epistolar entre Che Guevara y René Ramos Latour es a este respecto sumamente esclarecedor. El pacto de Miami, firmado por Felipe Pazos y Lester Rodríguez en nombre del 26 de Julio con los partidos políticos del exilio, enfureció a Guevara. En su opinión los delegados del Movimiento en el exterior habían cometido un acto de traición y atribuía ésta a la intervención del ala derecha del Movimiento, que, según él, "Daniel" representaba:

"Pertenezco por mi preparación ideológica —dice Guevara— a los que creen que la solución de los problemas del mundo está detrás de la llamada cortina de hierro y tomo este movimiento como uno de los tantos provocados por el afán de la burguesía de liberarse de las cadenas económicas del imperialismo. Consideré siempre a Fidel como un auténtico líder de la burguesía de izquierda, aunque su figura está realzada por cualidades personales de extraordinaria brillantez que lo colocan muy por arriba de su clase. Con ese espíritu inicié la lucha: honradamente sin esperanza de ir más allá de la liberación del país, dispuesto a irme cuando las condiciones de la lucha posterior giraran hacia la derecha (hacia lo que ustedes representan) toda la acción del Movimiento. Lo que nunca pensé es el cambio tan radical que dio Fidel en sus planteamientos con el Manifiesto de Miami."

La respuesta de Ramos Latour a la carta del Che presenta un enorme interés en cuanto muestra que, si la cuentión del liderazgo personalista de Fidel quedó zanjada desde antes de la lucha en la Sierra, la futura ideología del Movimiento era todavía un problema sin resolver. Fidel no había tomado posición por ninguno de los dos bandos, y probablemente no lo hizo hasta la prima-

vera de 1959. La alternativa democrática al sovietismo del Che era entonces una alternativa real. Sin duda alguna, representaba la opinión mayoritaria del Movimiento, y su derrota posterior fue producto de un conjunto de circunstancias entre las que la hostilidad norteamericana al vasto plan de reformas iniciado en 1959 constituyó tal vez el factor esencial. Escribe "Daniel":

"Supe desde que te conocí de tu preparación ideológica y jamás hube de referirme a ello. No es ahora el momento de discutir 'dónde está la salvación del mundo'. Quiero sólo dejar constancia de nuestra opinión, que por supuesto es enteramente distinta de la tuya. Considero que no hay en la Dirección nacional del movimiento ningún representante de la 'derecha' y si un grupo de hombres que aspiran a llevar adelante la liberación de Cuba (...) Nuestras diferencias fundamentales consisten en que a nosotros nos preocupa poner en manos de los pueblos tiranizados de 'nuestra América' los gobiernos que respondiendo a sus ansias de Libertad y Progreso sepan mantenerse estrechamente unidos para garantizar sus derechos como naciones libres y hacerlos respetar por las grandes potencias. Nosotros queremos una América fuerte, dueña de su propio destino, una América que se enfrente aliva a los Estados Unidos, Rusia, China o cualquier potencia que trate de atentar contra su independencia económica y política. En cambio los que tienen tu preparación ideológica piensan que la solución a nuestros males está en liberarnos del nocivo dominio 'yanqui' por medio del no menos nocivo dominio 'soviético'."

La masa de documentos incluidos en el "Diario" nos ayuda a comprender la estrategia fidelista de la toma del poder, fundada en la creación de un ejército disciplinado, enteramente sometido a su mando, y en su utilización de las diferentes tendencias políticas de dentro o fuera del Movimiento para afianzar su propio liderazgo. Conforme se aproximaba la victoria sobre Batista, la organización política del 26 de Julio se había convertido en una rémora para sus planes, y su liquidación era simple cuestión de tiempo y oportunidad. La legitimidad del Movimiento revolucionario se apoyaba más y más en el carisma del líder, y éste ejercía su dominio sin instancias intermedias. El ejército era la columna vertebral de la Revolución y el poder civil debía supeditarse al militar o desaparecer. Las consecuencias de dicho enfoque eran previsibles, y Franqui las había augurado en 1957 cuando escribía:

"Las nuevas instituciones se crean antes del triunfo o serán barridas después. Si el triunfo lo obtiene una minoría de vanguardia, heroica, con la simpatía popular, pero sin su participación como hasta hoy ocurre, un jefe único de tipo militar se impondrá con todas las incalculables consecuencias de todo poder que depende de una voluntad omnipotente y popular. Una revolución no puede nacer de un campamento, de un ejército, de un caudillo, por genial que éste sea. No nacieron repúblicas libres de los grandes generales de la independencia. No nacerán revoluciones verdaderas de militares rebeldes."

El período histórico que abarca el "Diario" concluye el 1o. de enero de 1959. Con todo, la lectura del mismo nos procura la mejor clave para comprender lo ocurrido en la década siguiente. Aunque el periódico *Revolución* se titulaba "órgano del Movimiento del 26 de Julio", y posemizó a menudo con el diario comunista *Hoy* que dirigía Carlos Rafael Rodríguez, sus veleidades independentistas duraron muy poco. En lugar de reflejar la proble-

mática del Movimiento revolucionario se convirtió, muy a pesar de Franqui, en el portavoz oficial de sus dirigentes. Su *magazine* cultural, que mantenía una línea de gran independencia, sucumbió dos años después a los ataques de los sectarios. En el campo sindical, la independencia del 26 de julio fue igualmente efímera. Aunque en las elecciones de otoño de 1959, la lista del Movimiento obtuvo una mayoría aplastante, Fidel Castro intervino personalmente en el Congreso de la Confederación de Trabajo Cubana para imponer sus criterios unitarios y entregar la dirección de los sindicatos a los líderes comunistas. En todos los campos y niveles de la vida política quienes abogaban por la autonomía del Movimiento perdieron sus puestos o fueron encarcelados. Conforme al criterio de Fidel, el ejército se convirtió en el pilar de la nueva Cuba, y una vanguardia aglutinada en torno a un jefe único empezó a gobernar sin freno constitucional alguno los destinos del pueblo cubano.

El libro de Jorge I. Domínguez, *Cuba. Order and Revolution* (Harvard University Press, Cambridge and London, 1978) aspira a sintetizar los cambios políticos, sociales, económicos y culturales realizados en la isla en veinte años de gobierno revolucionario. Su autor es probablemente, con Carmelo Mesa Lago, el investigador mejor informado de la realidad de su país entre la numerosa comunidad cubana residente en el extranjero. Historiador y sociólogo a un tiempo, Domínguez se propone un planteamiento "científico" del tema, con todas las ventajas y, como veremos, algunos de los inconvenientes que ello acarrea. Su actitud es deliberadamente objetiva y neutra, y sus juicios, cuando los emite, se apoyan siempre en la masa de hechos e informes que acaba de exponer ante los ojos del lector. Domínguez subraya con razón una serie de elementos positivos del cambio revolucionario (liquidación del analfabetismo, mayor igualdad social, medicina y educación gratuitas, etc.); en otros terrenos, su actitud es más reservada y en ocasiones severa. Sus alabanzas o críticas son cuidadosamente razonadas aunque en algunos casos los informes en los que se fundan sean fragmentarios, parciales o exijan cierta cautela. Con todo, el retrato que emerge de las 500 y pico páginas de apretada prosa me parece esencialmente justo, y la lectura de su ambicioso libro resulta en muchos aspectos complementaria de la de Franqui.

Los capítulos que analizan el proceso revolucionario de 1953-59 coinciden en efecto *grosso modo* con las conclusiones que saca el lector después de una atenta lectura del "Diario de la Revolución cubana". (Sorprendentemente, Domínguez no menciona una sola vez el libro de Franqui entre los millares de documentos y fuentes que maneja, pese a que este último apareció en español dos años antes que el suyo. Este simple "olvido" nos indica que el planteamiento de Domínguez es menos "científico" de lo que él pretende y opera a veces conforme a criterios de dudosa selectividad.)

Su exposición de los motivos del cambio revolucionario prolonga en cualquier caso el discurso de Franqui sobre la lucha de tendencias en la dirección del Movimiento revolucionario de Sierra Maestra. Domínguez señala acertadamente que las raíces del proceso socialista y el enfrentamiento con la burguesía de 1960 se remontan a los primeros meses de 1959: lo que ocurrió en 1960 fue la mera realización de lo que había sido decidido antes. La explicación más plausible sería la de que el viaje de Fidel

Castro a Estados Unidos provocó una crisis en el seno de la dirección: las dos tendencias cuya existencia revela el "Diario de la Revolución Cubana" se enfrentaron entonces decisivamente y la línea más radical salió vencedora. Fidel anuló su repetida promesa de convocar elecciones y anunció que —contrariamente al manifiesto-programa de la Sierra Maestra firmado por Felipe Pazos, Raúl Chibás y el propio Castro— no admitiría ninguna "ayuda" del capital norteamericano. La violenta y torpe reacción de Eisenhower a las primeras medidas de nacionalización aceleró sin duda el proceso emprendido: la socialización del capital privado estadounidense precipitó la de las grandes empresas y sociedades cubanas directamente relacionadas con aquél. El gobierno revolucionario necesitaba, para sobrevivir, empleados leales por incompetentes que fueren: ineficiencia y pleno empleo eran preferibles al desempleo y sabotaje de la clase empresarial pronorteamericana. Así, como observa Domínguez, los factores internos (ideológicos) y exteriores (reacción de Estados Unidos) conjugaron su propia dinámica. Pero la decisión de los líderes cubanos fue autónoma y exclusivamente política: **"no se sentían obligados a proceder a una socialización"**, dice Domínguez, y las transformaciones económicas que emprendieron no implicaban necesariamente en sus comienzos el carácter socialista de la Revolución.

Domínguez analiza cuidadosamente el papel de Castro en este periodo e insiste en el aspecto carismático de su autoridad. La popularidad de Castro entre la población cubana era extraordinaria a comienzos de la pasada década: la última encuesta fidedigna realizada por Lloyd Free en 1960 revelaba un 86% de partidarios; y la mayoría de éstos fundaban su sostén al poder revolucionario en las cualidades personales de Fidel, en su inmovible fe en él mismo. Castro, observa Domínguez, tiene carisma.

"y el carisma proporciona una autoridad que se basa en la personalidad del dirigente en cuanto es considerada como algo extraordinario por sus conciudadanos. El carisma depende tanto de la convicción del líder de que él no ha sido "elegido" por sus seguidores, sino por una autoridad sobrenatural, sea ésta Dios o alguna "fuerza histórica", como de la participación, por parte de los demás, en esta convicción".

El carácter excepcional, asombroso de la epopeya castrotrista —esta vertiginosa sucesión de logros "imposibles" que son el desembarco del *Granma*, la victoria sobre Batista, la derrota norteamericana en Bahía de Cochinos, el triunfo de David sobre Goliat— ha pesado muy fuerte no sólo en el personalismo que embebe el proceso revolucionario cubano sino también en el "voluntarismo" de las decisiones dictadas desde la cúspide en función de un indiscutible subjetivismo revolucionario. Teniendo en cuenta aquellas irrepetibles experiencias históricas, era fácil caer, como dice Domínguez, en esa lógica voluntarista según la cual

"sólo vale la pena hacer el máximo esfuerzo posible si se pretende alcanzar un objetivo óptimo; sólo un objetivo (aparentemente) inalcanzable es aceptable. La revolución era un objetivo inalcanzable y, sin embargo, se alcanzó. Entonces ¿por qué no se iba a alcanzar en 1970 la zafra de los diez millones?, ¿por qué no iba a ser posible transformar al pueblo cubano en un pueblo revolucionario? La persistente creencia de que una vanguardia activa y decidida

al servicio de la revolución podía conseguir incluso lo imposible había sido repetida por los dirigentes durante muchos años".

Carisma y voluntarismo fueron los rasgos más señalados del proceso revolucionario de la pasada década. Pero, a medida que avanzaba ésta, el deterioro paulatino de la economía cubana —deterioro que culmina en el fracaso espectacular de la zafra gigante de 1970— impuso a Castro la dura necesidad de acomodar sus sueños a objetivos mucho más modestos. La política radical que había adoptado resultaba cada vez más impopular, la base social que sostenía la Revolución había disminuido de modo constante, y era indispensable asentar su gobierno sobre nuevas premisas. El papel de la URSS en dicho cambio fue sin duda esencial.

"El éxito de la Unión Soviética al conseguir la hegemonía sobre Cuba contribuyó poderosamente a liquidar las experiencias innovadoras de finales de la década del 60 y a consolidar la construcción de una burocracia centralizada".

dice Domínguez. Presionado por la URSS, Castro aceptó lo que había demorado incesantemente desde los tiempos de la Sierra Maestra: la formación y desarrollo de un partido —elaborado ahora, claro está, conforme al bien probado "modelo" soviético. Para ello fue preciso instaurar un marco constitucional adecuado. En adelante, la Revolución no basaría su legitimidad exclusivamente en el carisma del Líder sino también en los principios del "centralismo democrático": la clase burocrática vio legalmente confirmados sus poderes y privilegios. Gracias a estas modificaciones, la situación económica mejoró: pero los aspectos y experiencias más originales de la Revolución fueron enterrados unos tras otros. La nueva línea política, escribe Domínguez,

"a medida que fue abandonando el radicalismo de finales de la década del 60, se fue haciendo más pragmática, pero también menos atractiva para quienes creían que la élite revolucionaria era capaz de conquistar el cielo a finales de los 70 como habían hecho a finales de los 50. En el Partido Comunista se institucionalizó el poder autoritario de una élite de machos blancos. El Partido decidía, los burócratas ejecutaban".

Si, como prueban las minuciosas estadísticas compiladas por el autor, el crecimiento económico global de los primeros diez años de gobierno revolucionario fue prácticamente nulo. **"la capacidad del Estado para redistribuir los productos de una economía estancada y en ocasiones deteriorada, era impresionante"**. Mientras el producto nacional bruto de Cuba bajo Batista ascendió de forma continua hasta 1957, el régimen anterior había agravado las diferencias económicas existentes entre el campo y la ciudad, los ricos y los pobres e incluso las distintas regiones de la isla. Bajo este concepto, el cambio realizado por la Revolución fue notable. El desempleo descendió desde un 8.8% en 1962 a 1.3% en 1970. Los salarios aumentaron de forma constante hasta 1969. Las tarifas de la electricidad, teléfonos y otros servicios fueron drásticamente reducidas desde 1959. La reforma urbana distribuyó las viviendas abandonadas por la burguesía entre las familias más necesitadas. Educación y servicio médico gratuito extendieron sus beneficios a la totalidad de la población, incluso en las zonas rurales tradicionalmente olvidadas. La mayoría de estas medidas igualitarias fueron adoptadas en el periodo de transición de

1959-61 y constituyen hasta hoy, sin duda alguna, el elemento más positivo del cambio revolucionario.

Los críticos de la Revolución apuntan casi siempre al hecho de que, en razón de los repetidos fracasos económicos del castrismo en el campo de la agricultura y producción de bienes de consumo, algunos de los beneficios señalados —vgr.: los aumentos salariales— son puramente nominales en cuanto no procuran a la gran masa de obreros y empleados de las ciudades la mayor parte de los artículos de primera necesidad. El sistema de racionamiento introducido en 1962 indica en efecto, como dice Domínguez, “el fracaso del crecimiento económico”. Pero también es cierto que fue un arma poderosa en manos del gobierno para llevar a cabo su política igualitaria: el racionamiento “salvaje” existía ya antes de la Revolución para todos aquellos individuos y grupos que no tenían los medios de conseguir una serie de productos alimenticios o vestimentarios, como carne, ropa, zapatos, etc. El nuevo estado se limitó a racionalizar y oficializar este racionamiento encubriendo mostrando así, según palabras de Domínguez, “los dos aspectos paralelos de (su) actuación revolucionaria: el éxito en la redistribución, el fracaso en el desarrollo económico”.

Uno de los capítulos más interesantes de Cuba. *Order and Revolution* es aquél en el que su autor analiza los bruscos cambios de orientación de la economía cubana de los años sesenta, provocados por el conflicto de prioridades entre agricultura e industrialización. La primera fue la gran derrotada del mismo, cuando menos en la etapa comprendida entre 1960 y el eclipse definitivo de Che Guevara.

El ambicioso programa de reforma agraria establecido por los líderes revolucionarios contenía un defecto de origen que afectó gravemente el alcance de las medidas adoptadas: el de atribuir a la totalidad del campo cubano los rasgos y factores peculiares de una sola región — la Sierra Maestra. La actitud del equipo dirigente se fundaba en su experiencia y conocimiento exclusivo de ésta. Como dice Domínguez:

“Cuando se produjo, la insurrección castrista sólo arraigó en aquella parte de Cuba donde seguía vigente el problema de los latifundios y la inseguridad de los arrendatarios, y donde la legislación agraria prerrevolucionaria había tenido escasos efectos protectores en este sentido. Su supervivencia en Sierra Maestra hubiera sido muy improbable sin el apoyo de los campesinos; providencialmente para Castro, aquella era la única zona de Cuba en la que podía encontrar campesinos hostiles a los terratenientes y al gobierno.”

Las disposiciones del gobierno revolucionario fueron muy bien acogidas por los guajiros de la Sierra Maestra, pese a su notoria falta de entusiasmo por el sistema de cooperativas. Pero la situación del campesinado variaba profundamente de una región a otra, y cuando los campesinos de Matanzas, por ejemplo, advirtieron en 1963 que la nacionalización de sus tierras era inminente, engrosaron en masa las filas de la contrarrevolución. El gobierno se vio obligado a reajustar su política, pero el daño ocasionado por ésta tuvo efectos durables. Grandes sectores del campesinado resistieron pasivamente durante años a los planes económicos estatales. Aunque numerosas medidas sociales de la Revolución (especialmente en el terreno médico y educativo) han beneficiado

indudablemente a los guajiros, muchos de éstos siguen oponiendo aún hoy el peso de su inercia a las disposiciones que lesionan sus intereses.

En lo que respecta al conflicto de prioridades con la industria, el desbarajuste fue mayor. El grupo dirigente, influido por las tesis leninistas de Che Guevara, escogió el camino de la industrialización acelerada. Guevara preconizaba una diversificación de la producción agrícola a fin de acabar con el monocultivo de la caña y la dependencia de la economía de la isla de los altibajos del mercado azucarero mundial: Cuba debía buscar el autoabastecimiento alimenticio y convertirse en una potencia industrial. En octubre de 1962, Castro anunció un plan cuatrienal destinado a fijar las bases de una “industria capaz de fabricar maquinaria y asegurar el desarrollo de la economía cubana”. Las decisiones adoptadas entonces reflejan vivamente los defectos de un régimen fundado en el monolitismo ideológico y las prerrogativas de caudillo de Fidel:

“Una vez tomada la decisión de llevar a cabo una política de industrialización acelerada” — escribe Domínguez — “otras políticas incompatibles con este objetivo fueron desestimadas. (...) Como consecuencia de esta política de centralización económica encaminada a favorecer la industrialización, se redujo la producción agrícola sin que aumentase la industrial. (...) La producción descendió entre 1960 y 1972 al tratar de forzar una rápida industrialización y al entrar en vigor la segunda ley de reforma agraria. Más tarde, el gobierno infligió a la economía un desastre adicional. Ordenó la destrucción de 134,200 hectáreas de caña de azúcar para proceder a la diversificación de los cultivos agrícolas, pero esta diversificación no llegó a materializarse. Se sacrificó una cantidad excesiva de ganado vacuno, por lo que cantidades ingentes de carne fueron desperdiciadas. El consumo de carne per cápita bajó de 65/70 libras en 1959 a 39 libras en 1962.”

Cuando los resultados de esta política aparecieron claramente, la dirección dio en 1964 un cambio de 180°. Los numerosos enemigos de Che Guevara en el núcleo dirigente aprovecharon la ocasión para atacarle y ponerle en minoría. Las actas de la discusión que verosímelmente enfrentó a los líderes cubanos no están aún al alcance del público: pero lo cierto es que Guevara salió perdedor de la prueba y meses más tarde abandonó todas sus responsabilidades oficiales para incorporarse a la lucha guerrillera de África y América Latina. El fracaso de la industrialización a ultranza no sirvió no obstante de lección. Como subraya Domínguez, el voluntarismo y subjetivismo del Líder Máximo se manifestaron de nuevo con toda crudeza:

“La política había cambiado; la forma de tomar las decisiones, no. El resultado fue una nueva y fatal exageración, esta vez a favor de la agricultura, particularmente del azúcar, en detrimento de la industria. A finales de la década de los 60, ninguna decisión política incompatible con la anterior decisión de favorecer el cultivo del azúcar fue tenida en cuenta. El compromiso de Castro se ha mantenido inalterable.”

El desastre de la zafra gigante de 1970 reveló por segunda vez los defectos inherentes a un sistema caracterizado por la ausencia total de discusión democrática y el sometimiento resignado de la base a las decisiones personales del Líder. Castro se vio obligado a recurrir a los buenos servicios de la planificación económica soviética.

Y ello implicaba en primer término la creación de un marco constitucional que consagrara el papel de la clase burocrática con la que en el futuro debería compartir el poder.

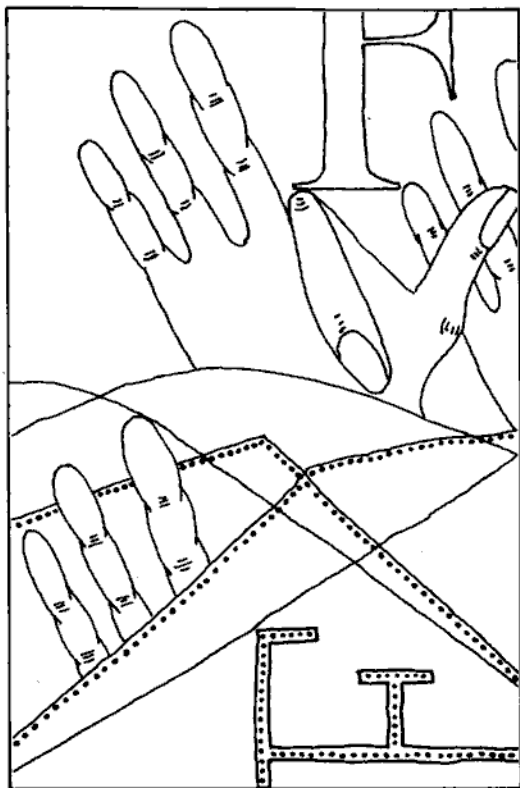
El borrador de la primera Constitución socialista de la República de Cuba fue aprobado en 1976. Esta constitución, claramente inspirada en el modelo soviético, garantiza, como garantizaba la Constitución elaborada por Stalin en 1936, los derechos de libertad de palabra, prensa, asociación, religión, residencia, creación artística, etc. Pero, agrega, ninguno de estos derechos podrá ejercerse contra la existencia y objetivos del estado o partido y la edificación del comunismo —lo que equivale a dejar en manos del estado y partido establecer en cada caso las condiciones en que aquéllos pueden ejercerse (como recuerda Domínguez, ello significa un grave retroceso respecto a las libertades protegidas por la Constitución burguesa de 1940).

De hecho, la Constitución de 1976 otorga al estado y partido un poder omnímoto sobre los ciudadanos. Los poderes discrecionales del gobierno en materia judicial —originados por las necesidades de la lucha contra los enemigos de la Revolución en el periodo 1960-64— no sólo no han sido recortados sino que han extendido su radio de acción al dominio laboral, consagrado la detención preventiva, sometido al trabajador perezoso o rebelde a la amenaza de un posible castigo criminal:

“Estos cambios han reducido la autonomía de los tribunales, eliminando la posibilidad de restricciones constitucionales y reducido los obstáculos procesales (...) Los poderes primitivos del gobierno han sido también incrementados. Los individuos acusados de crímenes políticos han perdido sus derechos frente a un Estado en el que el gobierno goza de entera discrecionalidad para definir qué es un crimen. El Ministerio del Interior, incluida la policía regular y la secreta, usa abundantemente de esta discrecionalidad. Cuando estos poderes se añaden a los poderes políticos, económicos y sociales que previamente hemos analizado, es evidente que el gobierno revolucionario tiene un poder mucho mayor que cualquier otro gobierno cubano anterior.”

Una simple ojeada al sistema laboral cubano permite verificar por otra parte que los sindicatos se han convertido en una simple correa de transmisión del partido: los obreros cubanos no disponen hoy del derecho de huelga ni de negociación colectiva; no hay independencia sindical ni democracia interna; salarios, horas, condiciones de trabajo, beneficios marginales son impuestos desde arriba por el Ministerio correspondiente sin tener en cuenta los deseos de los trabajadores. En términos de libertad y democracia, la situación de éstos ha experimentado un gran retroceso incluso en relación a los años de Batista. El recurso legal contra los abusos se “extinguió” paulatinamente durante la pasada década. Como señala Domínguez, la instauración de las libretas de trabajo en las que se registra el absentismo, retraso, pereza o actitud negativa del titular constituye igualmente un instrumento de presión formidable por parte de las autoridades y asegura el férreo control de éstas sobre la vida del trabajador.

Durante la primera etapa de la Revolución, Fidel Castro apeló a menudo al trabajo voluntario para suplir la falta de brazos en la agricultura. Cuando a consecuencia



del repetido fracaso económico de estas operaciones de movilización, el entusiasmo popular se enfrió, la dirección revolucionaria recurrió al empleo de métodos más expeditivos.

“Los planes de movilización económica y política —escribe Domínguez— se convirtieron gradualmente en planes de movilización militar con objetivos económicos y políticos.”

Privados de sindicatos verdaderamente representativos y de toda posibilidad real de defensa, numerosos trabajadores se vieron obligados a prestar a la fuerza sus servicios “voluntarios”. La ley de Vagos completó dicho proceso de militarización del trabajo, cuyos efectos desastrosos sobre el nivel político y conciencia social de las masas no tardaron en hacerse sentir. La reacción de la clase trabajadora cubana a la campaña de la zafra gigante de 1970 puso de manifiesto que su paciencia tenía un límite y reveló la necesidad de un cambio de orientación radical:

“El cambio en la política laboral iniciado en la segunda mitad de 1970 tampoco fue espontáneo. Fue, en parte, una reacción a la crisis económica y en parte una reacción a la crisis laboral. Los trabajadores cubanos estaban hartos. Bajo las condiciones de severa privación que, por decisión del Primer Ministro, habían prevalecido durante dos años, y bloqueados todos los cauces sindicales y judiciales por los que se hubiesen podido formular las quejas los trabajadores organizaron una “huelga”. Las huelgas son ilegales en

Cuba desde los primeros días de la revolución, por lo que los dirigentes describieron los acontecimientos de 1970 como "un absentismo a gran escala". Aparentemente, no había ninguna coordinación tras este absentismo, pero el hecho de que fuese a gran escala obligó a los dirigentes a tomarlo en consideración. El Primer Ministro Castro reconoció que, en Agosto y Septiembre de 1970, el 20 por ciento de la Fuerza de trabajo, aproximadamente 400,000 trabajadores, había faltado diariamente al trabajo. En Oriente, en Agosto de 1970, el 52 por ciento de los trabajadores agrícolas estuvieron ausentes del trabajo; en enero de 1971, con las cosechas de azúcar por debajo de lo previsto, el absentismo entre los trabajadores agrícolas de la provincia de Oriente todavía era del orden del 23 por ciento."

A partir de 1971, Castro abandonó su estilo de movilización militar por una nueva política mucho más pragmática. En lugar de poner el acento en los criterios de ética revolucionaria y conciencia política, como quería Guevara, resucitó los incentivos económicos con la bendición de la vieja guardia comunista y de la Unión Soviética. Ello implicaba un frenazo a la política igualitaria aplicada contra viento y marea en el decenio de los sesenta. Centenares de miles de televisores, neveras y electrodomésticos fueron distribuidos por el canal de las organizaciones del partido a los obreros de vanguardia, en función de su productividad. Líderes sindicales, técnicos y doctores recibieron un acceso preferente a los automóviles importados de Argentina:

"El sistema de racionamiento, que anteriormente había sido un instrumento para nivelar las diferencias, se convirtió de este modo en un método para beneficiar a la élite con los productos proporcionados por los nuevos socios comerciales. La paz se había logrado al precio de la justicia social."

La documentación reunida por Domínguez sobre la presente etapa subraya la emergencia de una nueva clase con las características de la descrita por Djilas. La élite gobernante dispone de una autoridad legal y práctica ilimitada, fundada en un riguroso sistema de jerarquía interna a la sombra del cual algunos de los viejos hábitos y prerrogativas burguesas han florecido paulatinamente:

"Los restaurantes reservados a los burócratas sirven mejor comida y no están sometidos al racionamiento. Ya en la década de los 60, los privilegiados tenían preferencia para la compra de coches. Los lugares de recreo son más accesibles para ellos; sus casas son mejores y parecen menos afectados por la carencia de viviendas. Pueden viajar al extranjero, desempeñar misiones diplomáticas y ser invitados a recepciones oficiales."

Un orden "piramidal", copiado del soviético, preside hoy la vida política cubana. La dominación del núcleo dirigente sobre el partido y su minucioso control sobre las elecciones realizadas en la base o escalones inferiores son presentados oficialmente como rasgos positivos del "centralismo democrático". Las organizaciones de masas dependen del partido, los militantes de sus superiores, los cuadros medios del Comité Central. Todas las discusiones y asambleas a nivel de base aprueban indefectiblemente las "propuestas" de la dirección. Vemos reproducirse así el círculo de sustituciones mágicas que agudamente denunció Rosa Luxemburgo en su famosa polémica con Lenin: La dictadura del proletariado se transforma en la dictadura del partido, la del partido en

la del Comité Central, la del Comité Central en la del Comité Ejecutivo y secretariado, y esta última en la de un secretario general todopoderoso e inamovible. Dicho sistema, como apunta Domínguez, apoyándose en una masa abrumadora de documentos, elimina cualquier posibilidad de libre discusión y sanciona la facultad de la dirección de anular cualquier decisión adoptada en los niveles interiores del partido:

"Aunque la autoridad legal para ejercer el poder absoluto no se ha materializado totalmente en la práctica, la forma jerárquica de la toma de decisiones ha dejado muy poca autonomía a los niveles inferiores al ser adoptado este estilo movilizador para el ejercicio del poder."

Cuba. Order and Revolution pretende abarcar, como hemos dicho, el conjunto de la vida cubana durante los veinte años de gobierno revolucionario. Su autor maneja los informes y estadísticas de que dispone con un evidente cuidado por la objetividad y cientifismo de sus exposiciones. No obstante, la esfera personal de sus preocupaciones o la falta de espacio le conducen a realzar determinados aspectos del proceso revolucionario en detrimento de otros. Su tratamiento del conflicto existente entre la Revolución y el mundo cultural es, entre otros varios puntos, netamente insuficiente y parcial —y sus frecuentes referencias a los estudios realizados por Lourdes Casal deberían haberse completado con los hechos y datos expuestos por Carlos Alberto Montaner en su "Informe secreto de la Revolución Cubana". Ante la imposibilidad de comentar aquí los diferentes temas que aborda Domínguez en su denso y sustancioso ensayo, me contentaré con referirme a tres: el problema racial; el papel de la mujer y el nuevo código de Familia; los derechos humanos.

A ojos de cualquier observador, resulta obvio que la situación material de los negros cubanos ha mejorado sensiblemente desde el triunfo de la Revolución. Esta suprimió desde el principio las barreras oficiales u oficiosas que los discriminaban; promovió los matrimonios mixtos; acabó con los bares, clubes y playas "privados" que les negaban la entrada; estableció una política de igualdad de oportunidades en el campo educativo y laboral. Mientras las relaciones interraciales no presentan hoy en Cuba la aspereza y acritud que ofrecen en Estados Unidos, la conflictividad latente entre las dos comunidades mantiene con todo su potencial explosivo:

"El gobierno revolucionario asegura haber resuelto el problema racial; por lo tanto, se ha vuelto subversivo hablar o escribir acerca del mismo. Los intelectuales negros que consideran que el gobierno revolucionario sigue ejerciendo una discriminación por cuestiones raciales han tenido que exiliarse. Las organizaciones de solidaridad han sido eliminadas. Las sociedades intelectuales, artísticas, laborales y de ayuda mutua de y para los negros que existían en la Cuba prerrevolucionaria se han visto forzadas a disolverse. Los escritores afrocubanos, conscientes de que la negritud es un elemento distintivo de la vida social contemporánea, y no sólo un elemento histórico, han caído en desgracia."

La persistencia del problema racial se manifiesta sobre todo en dos terrenos: en el campo cultural —donde es posible detectar a menudo actitudes paternalistas— y en el acceso de un corto número de negros y mulatos a los escalones más altos de la jerarquía en el poder. Domínguez tiene razón en observar que "las religiones afrocru-

banos son objeto de un interés folklórico”, pero yerra cuando afirma que la Revolución “ha sido en gran medida tolerante” referente a ellas. Según pude verificar personalmente, numerosos abakuás de los barrios de Regla y Guanabacoa en La Habana fueron detenidos por razones relacionadas indirectamente con las ceremonias del culto (vgr., el uso de marihuana) entre 1962 y 67. De otro lado, las conclusiones del Primer Congreso Nacional de Educación de abril de 1971 no dejaban ninguna duda al respecto: mientras el poder revolucionario subrayaba la existencia de relaciones estables con la iglesia católica (cuya influencia se redujo siempre a la burguesía y pequeña burguesía blanca), las “sectas” africanas eran calificadas por él de “semillero de delincuentes”. Dicho lenguaje reproducía de forma literal el empleado durante la época de la esclavitud por el gobierno colonial español.

Sobre las acusaciones y quejas de “racial tokenism” en la dirección revolucionaria, Domínguez señala que: “Tan sólo un 9 por ciento de los cien miembros que en 1965 formaban el Comité Central del Partido Comunista en Cuba eran negros o mulatos. En 1945, el 9.3% del Senado y el 9.4% de la Cámara de Representantes eran negros. Tanto antes como ahora, la proporción lógica de acuerdo con el número de negros en la población sería de uno a tres; de lo que se deduce que la revolución ha tenido un impacto muy escaso en el crecimiento de la proporción negra de la élite. En las fuerzas armadas, una evidencia dispersa sugiere una sobrerrepresentación de negros en la clase de tropa junto a una subrepresentación entre los oficiales a principios de la década del 70. Esta discrepancia puede considerarse como el resultado de las enmiendas a la legislación de 1973 sobre el servicio selectivo, que tuvo como consecuencia la congelación de la estratificación social y la institucionalización de las desigualitarias pautas predominantes, ya que quienes menos educación tenían (desproporcionadamente, los negros) son reclutados para el servicio militar, y no para las formas alternativas de servicio.”

La incidencia del proceso revolucionario en la vida familiar y la nueva imagen de la mujer “liberada” son objeto asimismo de minucioso estudio. Si la presidenta de la Federación de Mujeres Cubanas, Vilma Espín, define a su propio movimiento como “femenino, no feminista”, la incorporación efectiva de la mujer a los Comités de Defensa de la Revolución y otras organizaciones de masa ha contribuido eficazmente a eliminar numerosas actitudes “machistas”. La mujer cubana disfruta hoy de una independencia mucho mayor que las demás mujeres de Latinoamérica. Las estructuras familiares tradicionales han sufrido un rudo golpe. En 1958, la proporción de divorcios era de un 8.3% con respecto al número de matrimonios. En 1973, dicha proporción había ascendido a un 36.1%. Pero, a pesar de ello, la marginación de la mujer de las altas esferas de la vida política no ha experimentado grandes cambios. En 1977, ninguna mujer formaba parte del Buró Político del partido o del comité ejecutivo del consejo de ministros. Los esfuerzos del partido y gobierno en fomentar un mayor papel de las mujeres se han llevado a cabo tan sólo entre los cuadros medios de los funcionarios provinciales y los diputados de la decorativa Asamblea Nacional. El poder real sigue siendo una exclusiva prerrogativa masculina.

En el campo de los derechos humanos, el libro de Domínguez nos proporciona en cambio escasísima infor-

mación. En ausencia de datos fidedignos, el número de presos políticos cubanos no puede fijarse sino de forma aproximativa. Entre los tres mil reconocidos por Fidel Castro y los cien mil que pretenden los grupos exiliados en Florida, la verdad resulta difícil de establecer. Según las estimaciones más responsables su número oscilaría alrededor de diez mil. La cifra de cuatro a cinco mil que figura en el Amnesty International Report de 1976 comprende tan sólo aquellos que las propias autoridades cubanas admiten haber condenado por motivos políticos. A ellos habría que agregar un número indeterminado de personas detenidas por la ley de Vagos y acusaciones de homosexualidad: a mediados de la pasada década, el número de homosexuales encerrados en campos de trabajo ascendía a varias decenas de millares, pero esta cifra parece haber disminuido gradualmente en los últimos tiempos.

La lectura complementaria de las obras de Carlos Franqui y Jorge I. Domínguez nos permite sentar un balance objetivo de la teoría y práctica revolucionaria en Cuba durante las últimas décadas. Por primera vez, el lector puede medir con conocimiento de causa la distancia que separa el proyecto revolucionario de los combatientes de la Sierra Maestra de la compleja y contradictoria realidad que han creado veinte años de gobierno castrista. Por un lado, resulta claro que la Revolución ha conseguido éxitos espectaculares —sobre todo en su etapa inicial— en aportar a las clases más desposeídas de la isla lo que podríamos denominar “primeros auxilios a un accidentado” (alojamiento decente, escuelas gratuitas, socorro médico, etc.): su récord, en este terreno, se sitúa muy por encima del de los restantes gobiernos de Latinoamérica (incluso de la próspera y democrática Venezuela). Por otro, planteamientos políticos e ideológicos erróneos e inescapables realidades económicas y geográficas la han conducido a una situación tristemente paradójica.

La característica políticosocial de los estados de la zona del Caribe podría resumirse en estos cuatro puntos: monocultivo; caudillismo; régimen militar; dependencia económica y política de una gran potencia (Estados Unidos). Como prueba el libro de Franqui, el núcleo constitutivo del Movimiento del 26 de Julio era plenamente consciente de ello y quería romper con dicha situación. La Revolución cubana pretendió escapar al monocultivo de la caña, y ha recaído en él; luchó contra la dictadura de Batista, y la sustituyó con el caudillaje carismático de Fidel; pese al reciente marco constitucional y la creación del partido único, el ejército sigue siendo la institución fundamental de la isla; y si Cuba cortó los lazos de dependencia con respecto a Estados Unidos, lo consiguió tan sólo a costa de recaer inmediatamente en la órbita soviética.

● Publicado con autorización del autor y de la revista *El viejo topo*.

